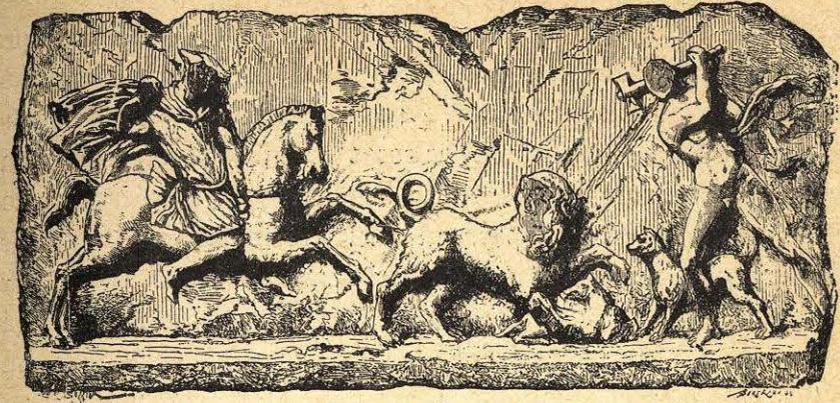
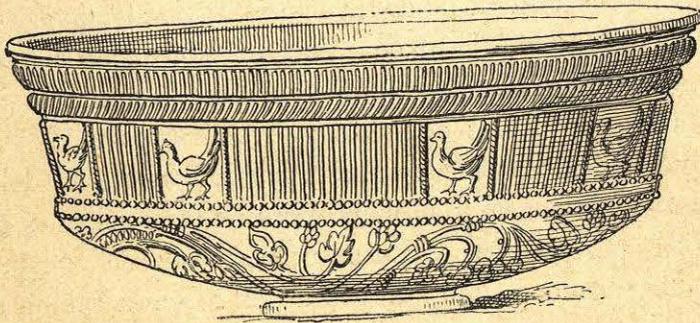


jeada por Mesalina en el esposo y en el palacio llegase hasta decretar su muerte y los esbirros de Claudio ejecutasen el decreto. Así, mientras los dementados amantes apercibían la boda y sus fiestas y ruidos, él tomaba la vía de Ostia con la resolución de contárselo todo al desdichadísimo Claudio.



Caza del león (bajo relieve del Museo de Louvre)

CAPÍTULO V

LOS ADÚLTEROS

El monte Palatino resuena con báquicas fiestas. La viña parece purpurada por un crepúsculo fantástico; el álamo donde se abrazan las parras llueve transparente hojarasca, que crearíais laminas de oro; sobre los amplios cenachos, tintos en mosto, se amontonan madurísimas uvas, reventando en sus películas; el sarmiento, del color de la canela, va secándose; la carreta se carga con cubos bien olientes y muy rebosantes; el vendimiador corta los racimos con su hocecilla de acerado filo; pisan unos jornaleros la cosecha, mueven otros los husillos, airean éstos las bodegas de modo que fluye por las canales el vino nuevo entre coros de alegría loca y címbalos y platillos de fragor sublime. Las jóvenes, medio desnudas y con las cabezas atrás echadas, entonan himnos eróticos al dios de la embriaguez. Los jóvenes dicen las fórmulas religiosas y las palabras sacramentales, á cuya difusión por el aire sucede un exceso enorme de vida en el campo. La tierra parece bambolearse al compás del cántico, ni más ni menos que se bambolean los borrachos al vapor del vino. El tirso acabado en áurea piña, el címbalo vibrante, la pandereta sonora, el evohé clásico, la canción báquica, el gesto de placer, el clamoreo de las exaltadas embriagueces,

el resuello de los vendimiadores, el mugido de los bueyes, el coro de las bacantes, excitan el devaneo general bien pronto convertido en exaltado atroz delirio. Por todas partes no se oye más que la invocación á Baco, al dios de las rosas y de los jolgorios. Las ánforas parecen inagotables fuentes, según fluyen. Los escanciadores se fatigan de llevar copas, tan pronto recibidas como apuradas, que luego ruedan vacías por el suelo en desorden. Las víctimas, caras al dios, se consumen todas en las piras ardientes. Los fatigados reposan á la sombra bienhadada de los copudos laureles. Improvisan lechos con pámpanos rojos y se tienden á dormir y roncar cual si estuvieran en sus alcobas. Mientras tanto los cantores de oficio saludan al dios de aquellos juegos, contando cómo en las rocas y riscos enseñaba cantares nunca oídos á las ninfas, acompañados por los sátiros de áureos cuernos y agudísimas pesuñas, los cuales, á medida que aprendían las cadencias, emborrachábanse con efluvios misteriosos y sentían centuplicarse la vida y encenderse la sangre como á los besos de un fecundante amor. Todo rebosaba vino y placer. Las tetas de vacas y ternerillas henchíanse á porfía; la miel destilaba de hayas y encinas como si fueran las medulas de todos estos árboles un panal y el tronco una colmena. Así los astros cuentan entre sus constelaciones la corona de su bellísima esposa, que calma las tormentas y sopla brisas de paz y de amor sobre las ondas. En este delirio del sentido, quién se dirigía con amor al vaso, quién al ánfora. — ¡Salud! — exclamaban algunos horacianamente; — salud ánfora, que unas veces despiertas los locos amores y otras veces traes á los párpados cansados el fácil reparador sueño. En tu vientre se olvidan muchas penas y en tu cuello se beben muchas esperanzas. Así como el aceite alimenta las lámparas, el vino alimenta las venas. En el campo favorecido por Baco se aprende la risa eterna y se desaprenden las cóleras y las venganzas propias de todo pésimo natural. Las golondrinas cantan una elegía sin fin partiéndose del aire ya refrescado por las largas noches para volver en su oportuno momento al aire ya entibiado por los largos días. ¿Quién dejará de seguir las en su postre-ro vuelo con los ojos tristes, y de aguardarlas como sibilas que prometen otra futura primavera? Mientras tanto coronense todos á una de pámpanos y de hiedra. Bajo su frescor suave, y su aroma

vago, y sus fibras lucientes, acállanse todos los cuidados graves y rebotan todos los presentimientos dulces. Quien desame el vino, que se conforme á verse desamado por el amor. Así como Baco domesticó y sujetó al yugo los tigres de Armenia y los leones de Libia, también sujeta y domestica los amantes sometiéndolos á otros yugos mejores.

Todos estos efluvios de vino, todas estas frases de conjuro, todas estas resonancias de címbalos, todas estas sombras de tirsos, todos estos ecos de ósculos, todos estos rayos de amor se cruzaban en las fiestas nupciales de Silio y Mesalina. Ella, con los cabellos tendidos en la desnuda espalda, el tirso en una mano y en otra la copa, el cantar báquico en los labios y la mirada voluptuosísima en los ojos, iba junto á él, sobre cuyos hombros campeaban las pieles de pantera y sobre cuya cabeza la corona de hiedra, y ambos, acompañados por tropeles de mancebos y doncellas, todos desvanecidos al vapor del mosto y al impulso de la pasión, cuyos efluvios se difundían como el calor de los incendios y como los estampidos de la electricidad por los aires. Pero lo más particular de tamaña representación era que se cantaban al mismo tiempo entre coro báquico y coro báquico epitalamios dignos de una boda castísima y de unos novios vírgenes. Todo cuanto la vieja poesía romana produjera de más puro y más ideal en su larga historia para cantar los amores legítimos, todo se repetía y se realizaba en estas nupcias de la bacante Mesalina con el sátiro Silio. Cuando los címbalos y los atambores interrumpían por el cansancio sus himnos al vicio, coros dispuestos de otra suerte levantaban himnos muy bellos á la virtud y á la gracia de un amor legítimo. El habitante de la colina de Helicón, hijo de Urania, que lleva las tiernas vírgenes á los mozos castos, era conjurado en versos purísimos y en religiosa música por voces casi litúrgicas á bendecir las inmundas orgías aquellas. La corona de verbena, el velo de azafrán, el borceguí amarillo, el epitalamio purísimo, el baile sacro, el tálamo inocente, aparecían allí como en las bodas antiguas de aquella ciudad republicana, presidida en otros días por la virtud y por la libertad. Pedíasele voz de plata ú oro á las gargantas de Mesalina y su consorte por el hollín de los banquetes ennegrecidas y afeadas. Profetizábanse los más felices augurios á los más desatentados amantes. La misma religión mentía,

poniendo aquellos novios bajo el amparo de los mejores auspicios. Se los comparaba con los mirtos del Asia, cuyos ramos floridos causan las delicias de los dioses al abrir sus hojas para beber los matinales rocíos. A las diosas más virginales se las conjuraba con amor á que dejasen la roca de Thespias y las grutas aenomas refrescadas por la fuente Aganipa, y condujesen los desposados por sitios donde pudieran abrazarse castamente como se abrazan la hiedra y el árbol. Todas las vírgenes romanas estaban en el caso de pedir para sí respectivamente á los dioses una honra tan grande y unas nupcias tan puras como aquellas de la emperatriz, bendecidas y celebradas por el dios Himeneo. La Venus púdica se aparecía entre desnudeces bajo el velo sacratísimo, que aumenta las satisfacciones del amor, entre los pudores del misterio y las fuerzas aprestadas en una verdadera continencia. Invitábanla con empeño á que desciñese la cintura nupcial de Mesalina, como si ante ningún humano la hubiese desceñido, y le pedían al dios de los novios que cuidase de la rasura primera de Silio y consagrarse su barba cual si cantasen á un imberbe mozo. El rapto antiguo, la compra secular, la confarreación patricia renacían al modo y manera que allá cuando Roma engendraba y paría los Escipiones y los Gracos. Decíase que ningún otro móvil determinaba tan majestuosas ceremonias sino el deseo de asegurar hijos á la patria. Felicitaban al pueblo rey por aquel enlace de patricias virtudes, sin las cuales ningún hogar conocería posteridad y pueblo ninguno encontraría ciudadanos dispuestos á defenderlo y ampararlo. Delicias confesables por el honor les prometían, larga prole aseguraban á su mutua contenida castidad. Pedían ver á la hermosa desposada, como si nunca la hubieran visto, y colgaban en las puertas de sus aposentos coronas simbólicas de la virtud y de la virginidad. Las gotas de un arroyo que las albas nieves fluyen y los jacintos que por la primavera levantan sus corolas parecíanles á los cortesanos de la emperatriz términos baladles de comparación poética con su señora, muy superior á todos esos vulgares tropos epitalámicos. Así le hablaban á Silio como si por vez primera sus brazos se ciñesen al cuerpo de su hermosa pareja y los labios suyos besaran los labios de Mesalina. Nadie se reía cuando conjuraban las vírgenes para que cantasen alabanzas al joven matrimonio, y matronas vir-

tuosas para que condujesen al tálamo la recién casada doncella. Sin pestañear hacían votos por que los hijos, asemejándose mucho al padre, mostraran al peregrino y al extranjero la virtud y la pureza de su madre. Las vírgenes patricias cantaban á la estrella vésper como el día mismo en que sus padres se casaran. Los jóvenes dolíanse de que una virgen como la emperatriz dejase la ternura y delicadeza de su madre para entregarse á las violencias de un esposo enamorado y ardiente. ¿Qué más harían, preguntaban, con una ciudad asediada? Cual misteriosa flor en recatado jardín crece feliz, y preservada entre tapias al diente del rebaño, sin que pueda con su punta herirla el arado y tampoco deshojarla el viento, siendo envidia, por intacta y gentil, de mozas y sol, mozas que la codician para ornarse y divertirse con ella; pero luego, arrancada y marchita, sin tallo que la nutra y sin raíz que la sustente, se vuelve despreciable á todos, tal una joven como la emperatriz antes y después de su boda, con la virginidad ayer y ahora sin ella, vejámenes pedidos por las costumbres nupciales y cantados en coro á



Matrona romana

los que respondía otro coro en alabanza del matrimonio diciendo cómo la soltera es en el terrón y surco de los campos una humilísima cepa, que todos pisan mientras está sola, en tanto que, unida con su esposo, como la parra con su olmo, es una planta por todos cultivada y bendecida. En fin, hacemos mal insistiendo sobre todos estos extrañísimos particulares; porque bastaría decir que así como en la demencia sucede al llanto la risa, en esta festividad nupcial de los dos desvariados amantes sucedíanse á los cantos báquicos y á las carreras orgiásticas y á las danzas del vicio embriagador los antiguos ritos con que una tradición constante ha consagrado las

familias virtuosas en el seno de los hogares sacros y ha procurado la santa legitimidad matrimonial indispensable al bien de las humanas sociedades. El terror social obra milagros increíbles. Cuantos asistían á la comedia estaban serios, no porque la risa dejase de retozarles en el cuerpo todo, por miedo á que cualquier indiscreción les costase la vida. En su omnipotencia, la emperatriz había decidido que la virginidad residía en ella, que la boda con Silio debiera llamarse su primera boda, que le atañían los honores dispensados á jóvenes consagradas por el primer amor, que cuanto por una doncella prescriben los ritos se repitiese al entrar en el recinto de las casadas, y no había más remedio que obedecerla, pues, lo repito, desobedeciéndola corrían el riesgo segurísimo de perder con tal desobediencia la vida.

En efecto, ninguno de los ritos religiosos y legales acostumbrados para la consagración de los matrimonios verdaderos se omitió en este matrimonio falsificado. Las cortes de los clientes respectivos, engalanadas con trajes de fiesta, pulularon por los intercolumnios de atrios y vestíbulos, que, á pesar de su amplitud, no podían contener tanta muchedumbre y tanto tumulto. Al fin del atrio, separados larguísimo trecho de los inferiores, veíanse los deudos de cada novio en sedes magníficas, rodeando una especie de retablo, en el cual brillaban los respectivos simulacros, esculpidos y pintados á maravilla, de los ascendientes á quienes debía su generación cada familia. Todos los vivos congregados ante las imágenes de los muertos iban allí de madrugada, cuando aún lucían las últimas estrellas y volaban ya las primeras alondras, en su deseo de llevar á los prometidos el buen augurio, consiguiente á la presencia matinal de los amigos y de los deudos; pues en la riente aurora de un día tan crítico, el desvelo y vigilancia de todos los interesados convienen á la felicidad futura de los cónyuges y prometenles excelentes auspicios. En las vilezas del mundo romano sirvo, no ya las Artes, un poco femeniles de suyo por sus gracias, brillaron; también brillaron las varoniles y austeras Ciencias. A nadie podía extrañar mucho que músicos y poetas cantaran las bodas aquellas en su deseo y necesidad casi de cantar lo todo, cual esos pájaros amigos de gorjear al más leve ruido; pero muchos extrañaron la servil complacencia con que algunos filósofos loaran

aquel acto y la criminal complicidad que contrajeron eminentísimos jurisconsultos con aquel crimen por temor de la muerte. Senadores patricios, en cuyas venas quizás correría la sangre de un Cunctator y entre cuyos ascendientes quizás se contarían los fundadores del matrimonio romano, entregaron á Silio el anillo férreo dispuesto por los viejos ritos para enlazar los esposos, y le dijeron cómo debía colocarlo en el penúltimo dedo de la mano izquierda, por existir en él, según las anatomías litúrgicas tradicionales, un verdadero nervio conducente al corazón en derechura. Mintiéronse por los encargados en las leyes de atestiguar la fe pública esponsales que no habían existido; certificáronse promesas y palabras que nunca se habían dado. Hasta la religión se prostituyó en aquel rebajamiento universal, señalando como de buen agüero y como de favorable auspicio días más ó menos faustos con menosprecio y olvido del viejo calendario nupcial. Mejor que los filósofos, mejor que los jurisconsultos, mejor que los retóricos, estaban allí los comediantes; mas lo estaban en tal ocasión y caso, no como recuerdo vivo de la comedia representada, como partes integrantes de la boda, cuya particular naturaleza exigía risa y jolgorio, por lo que iban allí los farsantes y sus farsas cual pueden ir á los entierros las plañideras y sus plañidos. Más grima daban que los cómicos las vírgenes patricias yendo á conjurar las diosas en favor de Mesalina, ó los auspices antiguos yendo á decirle con toda seriedad cómo no se columbraba por los horizontes ningún adverso presagio. Después de todo esto, no hay para qué maravillarse si Mesalina vistió el traje consuetudinario de las novias romanas: aquella blanca túnica de lino tan transparente, cuyos pliegues parecían trazados adrede con arte sumo en busca de que realzaran el dibujo de las mal veladas formas; aquella flámea del matiz azafrán que sube hasta la cabeza y parece áurea llama contrastando con el arrebol purpúreo de las ruborizadas mejillas; aquel velo en que toman su nombre las nupcias antiguas como lo toman las velaciones cristianas; aquel borceguí amarillo, semejante al que todos los poetas clásicos atribuyen á las diosas antiguas cuando iban dejando huellas luminosas de su paso en el cielo inmenso. Vistióse como le plugo, pues nadie se resistía en aquellos momentos á su voluntad soberana, que movió las haces como el viento las cañas; abrió el

sagrario cual pudiera su propio cofrecillo; encontró los diez testigos indispensables á validar su matrimonio; tuvo flámines para bendecirla; recogió los vellones del cordero presentado en el holocausto nupcial, y se asentó sobre sus lanas con el novio como cualquier virgen; vió al flámine dial entrelazar la mano suya con la mano de Silio y oyó sacramentales palabras; ofreció á Juno los presentes sacrificios de rúbrica; libó la copa en cuyo fondo se mezcla el vino con la miel; registró su dote; clavó sus dientes en el pan de flor; cubrió con blancas telas de lino y larguísimas guirnaldas de verberna las puertas de sus habitaciones; adornó la cámara y el tálamo como pedían todas las viejas costumbres; encendió las antorchas del Himeneo llevadas por los designados en la tradición secular; colocó en sus aras las cuatro divinidades protectoras de los casamientos romanos; se ungió y se lavó como pudiera casta madre de los Gracos que sólo amó á un esposo en esta vida; presidió la grande cena de boda; se hizo conducir al cubículo entre dos coros entonando epitalamios, y aceptó á su esposo pudorosa y tierna cual si le llevase al tálamo, apercebido con todas las formalidades prescritas por las leyes civiles y religiosas, el intacto sacro presente de sus primeros virginales amores. Ninguna majestad quedaba de pie ya en aquella profanación universal. Los vapores despedidos por el vino subían de suyo tan altos que manchaban la frente de los dioses. Aquella religión doméstica, base de la religión verdaderamente nacional, vacilaba por necesidad á estos horribles sacudimientos, que le imprimían los destinados á velar en la Ciudad Eterna por su escrupulosa observación y por su nativa pureza. El mes de octubre pasó en estas orgías, cuando los calendarios romanos destinábanlo á conmemorar el templo capitolino consagrado á Jove por Numa en persona; la muerte de una hermana de aquellos Horacios tan devotos á su patria, cuyo aniversario de festividad gentilicia ó familiar se había trocado en fiesta ciudadana nacional; los combates épicos de procónsules como Cepio con enemigos tan feroces como los cimbras; el paso de Germánico desde este mundo al otro, consagrado como una fecha sacrosanta en los anales romanos; la ceremonia medritinalia que conjuraba el mosto corriente por los lagares; el día en que volvió Augusto vencedor de Accio; la bendición de todos los manantiales y aguas potables; el rito arval que á los

dioses sacrificaba un caballo, cuya cabeza traía felicidad; el nacimiento de un tan excelso poeta como Virgilio, la mayor edad de Julio César, la victoria de Sila sobre los samnitas y la fiesta de Isis.

¿Y no había signo alguno de reprobación en la tierra ó en el cielo? ¿Podía perpetrarse un crimen de suyo tan enorme, sin que



Virgilio (busto del Museo del Capitolio)

ni los césares se conmovieran en sus tronos ni los dioses en sus olimpos? Un colegio de augures hallábase instituido allí desde los tiempos de la primitiva Monarquía. Hasta muchos dicen que ya se buscaban adivinanzas y se decían presagios, antes de que Roma existiera, no sólo en Toscana ó Etruria, como el vulgo de las gentes afirma, en el mismo Lacio. Rómulo y Remo fueron augures, pues; de otro modo, faltos del arte que presiente y profetiza y precave, sin poder inclinar los dioses á su favor, jamás obtuvieran la

dignidad altísima de monarcas, naturalmente militar y sacerdotal en sus comienzos. Tres augures fueron tan sólo en los primitivos tiempos, y uno de los tres el rey. Mas como pertenecieran á la nobleza, y el pueblo en su desarrollo no dejó dignidad ninguna en las exclusivas manos del patriciado, sino que penetró victorioso en todas, el colegio augural se compuso de nueve augures, entre los cuales había cinco plebeyos. Seis añadió Sila, y á éstos añadió por su parte dos César. Los hubo hasta honorarios. Y teniendo el oficio de volver favorables ó contrarios de un hecho á los dioses, ¿cómo no les hablaron del maleficio de Mesalina? En sus archivos, donde atesoraban tal copia de sentencias jurídicas juntas con religiosos oráculos, no se registraría un caso análogo á este caso tan extraordinario, el cual ni se le ocurrió antes ni se le ocurrirá después á ningún loco. Aquellas ciencias augurales tan gárrulas, cuya intervención activa en los hechos más corrientes y simples pedía todo el mundo, se callaron ante la mayor atrocidad cometida en aquel tiempo de atrocidades increíbles. No había cesado el vuelo de las aves agoreras ni rótose las haces de los bastones augurales. El cielo, dividido en zonas litúrgicas, no se había callado en aquel instante todos sus secretos. El tabernáculo aún estaba orientado al Mediodía, de donde vienen las revelaciones y los presagios. El augur podía volverse á la parte oriental del cielo, pues allí no marraaban jamás las señales misteriosas. El interior de la tierra guardaba en sus cavernas y en sus abismos voces proféticas; no había más que oír las y escucharlas. Días de horizonte sereno y de aire callado tiene Roma sobradísimos para poder interrogar los augurios, forzándoles á decir cuanto guardaban en sus senos lo futuro con respecto al escándalo presenciado por la Ciudad Eterna en el hogar mismo de sus césares y cerca del templo más acepto á sus dioses. Los aleteos de unas aves, los gritos de otras, el modo en éstas de comer, el modo en aquéllas de recogerse, aseguraban profecías y presentimientos en los corrales mismos de cada hogar. Los gallineros sacros guardaban un presagio cierto y un aviso indispensable al conocimiento y preparación de los hechos futuros, aun sin recordar cómo hablaban de todos ellos el meteoro fugaz, el relámpago centelleante ó el retumbo de los huracanes y de los truenos. Los mismos Césares pertenecían al colegio augural, y Claudio en

persona, el esposo burlado y vendido, ejerció tal sacerdocio mucho antes de ascender al Imperio romano. Imposible, pues, concebir que los mensajes divinos y celestes faltaran en aquella singularísima ocasión.

Lo cierto es que Mesalina y Silio se paseaban por las fiestas nupciales con serenidad y satisfacción increíbles, como si nada tuvieran de atentatorias á la honra del monarca reinante y de amenazadoras á la pública seguridad y al orden público. Todo cuanto habían dispuesto el derecho escrito y el derecho consuetudinario para casos así, todo pasaba y sucedía sin dificultad alguna: ya lo hemos visto. Lucían los dioses la majestad olímpica en una serenidad incomprensible. Humeaban las aras y morían las víctimas como en los más vulgares sacrificios. Designados á custodiar las leyes, dejaban violarlas todas, las divinas y las humanas, sin curarse del terrible atentado. Los oradores hablaban cual de los más usuales temas; los jurisconsultos discurrían en términos reservados al derecho común y continuo; decían los poetas sus epitalamios al modo y manera consagrados por cien mil ejemplos; no pasaba, no, allí cosa ninguna de cuidado. Mesalina y Silio discurrían entre los grupos sin que las vírgenes bajaran la frente de vergüenza, sin que los jóvenes conociesen las indignaciones propias de su edad contra el delito, sin que los sacerdotes maldijeran todo aquello, sin que los jurisconsultos viesan los principios de justicia estricta y los cánones de derechos romanos heridos por aquella colosal infamia. Sólo un chusco de los variados asistentes á todas estas clases de fiestas tomado quizás mucho del vino, en uno de tantos juegos como allí se ideaban para demostrar el enorme regocijo, subióse á un árbol cargado con la cosecha anual y comenzó, balanceándose por las ramas y comiéndose las frutas, á decir presagios y hacer augurios en el silencio de los augures. El juego consistía en preguntarle qué columbraba desde allí, y en responder su boca, de una incesante garrulidad, á medida de lo que le sugería el momento y le demandaba el gusto. Pretextando ser demasiado chico el árbol frutal, trepó en seguida por otro más alto, y se puso allá en lo empinadísimo de su copa con cuidado á ver, atisbar, oír y recoger todo lo que sucedía. Los abajo reunidos para oírle preguntáronle qué descubría por la parte de Ostia, donde, como ya sabe mi lector, se hallaba en aque-